

# TÍTULO: La importancia de llamarse Silverio

SEUDÓNIMO: La importancia de  
llamarse Silverio.

CATEGORÍA: Relatos de Bujalance



## La importancia de llamarse Silverio

Lo decía su admirado Epicuro, “oculta tu vida”, y nuestro protagonista lo remataba viviendo desconocido entre la gente. No lo encontré en el Rastro, de ahí fueron mis gafas marca Amor. Tampoco pasó en la Cuesta del Moyano, entre sus puestos de libros hallé el ensayo de Phillips sobre el bohemio Sawa, otro santo de mi devocionario literario. Ocurrió en la Feria del Libro Viejo y de Ocasión del Paseo de Recoletos, cuando mi cuarto de siglo despuntaba en la movida madrileña. Ahí estaba Silverio Lanza en una antología a 5500 pesetas. El libro contaba con más de 500 páginas y se titulaba *Obra Selecta*, dentro de una colección de la editorial Anagrama, que no podía llevar otra etiqueta que *Los Raros*. Sí, el raro de Getafe se me hacía presente entre tanto libro y tanta gente. Juan Bautista Amorós y Vázquez de Figueroa, su nombre de bautizo, en su afán por esconderse encontró el mejor seudónimo de toda la literatura española (yo también me inventé uno televisivo, Perpetuo Fernández) para escribir una obra que se editó él mismo. Bueno, el que escribía era Silverio y el que pagaba, Amorós. Ahora pagaba yo al librero con un billete de 5000, conseguí una rebaja. Nunca me había costado tanto un libro, yo era experto en libros de mercadillo, en darme grandes alegrías si mis preferidos aparecían a precios de chollo; pero no podía hacer otra cosa, después de no encontrar nada de él tantas veces. Yo andaba por entonces de cantante punki, sobreviviendo con lo justo, tendría que apretarme más el cinturón todavía y agudizar la picaresca con mi compañero de piso y de música; mas lo teníamos fácil, al llamarnos *Hambre y Moral* estábamos hecho a todo, incluido sacrificios por grandes causas. Desde que vi ese nombre, con Lanza de apellido, en textos de mis predilectos escritores de la Generación del 98 y sobre todo de Ramón Gómez de la Serna, supe que era un quijote contra molinos inamovibles de las Españas. Hablaban de él con asombro y humor, peculiar individuo sin duda en vida y obra. Ya sabía cosas de Silverio o más bien de Amorós, porque no lograba leer nada escrito por Lanza. Así que mi tesoro de 5000 pelas lo agarré fuerte y me dirigí casi corriendo a casa para disfrutarlo, ya no hacía falta buscar más en la feria. Pasé con lentitud y sumo regusto cada página, mientras

Fernando amenizaba al saxo ligando con la vecina trompetista de ventana a balcón. Yo no perdía detalle de mi joya, la editorial estaba recién estrenada, creada por Camilo José Cela en 1964, Alfaguara, el libro sale en marzo de 1966 y es de la primera edición. Tiene gracia que los derechos de autor son para los herederos de J. B. Amorós, ¿qué diría de ello Silverio? Porca miseria. El que dice y cuenta de los dos es Luis S. Granjel, hacedor del prólogo, del estudio preliminar y de los textos elegidos, que firma desde Salamanca en mayo de 1965. Granjel, catedrático de Historia de la Medicina en la Universidad de Salamanca, no se deja nada en el tintero, hasta juega cínico con la censura franquista del momento cuando escribe que si en los textos seleccionados se ha hecho alguna supresión irá indicado con unos puntos entre corchetes: [...]. Curioso y castrante, el bueno de Lanza guardaba un trauma de 15 días en prisión por su novela *Ni en la vida ni en la muerte*, por quejarse una señora de alcurnia que se creyó retratada. A partir de ese altercado intenta encubrir sus reflexiones en sentido figurado, igual que da nombres imaginarios a su geografía literaria (Granburgo, Villaruín, Valdezotes o Vilaldea) para escapar de posibles demandas judiciales y de conflictos sociales. ¿Quién le iba a decir que 50 años después de muerto la censura volvería a atacarle? Y para rizar el rizo Cela dirige la editorial de esta edición, recordad la leyenda negra de censor del régimen del escritor gallego en esa época. Después de esa pista sobre puntos y corchetes me picó la curiosidad de buscar en el volumen... Y hallé toda una línea marcada de [...]. La encontré en la página 238 en el comienzo de un capítulo titulado *Lo que se llama aristocracia*, perteneciente a su novela *La rendición de Santiago*. Y seguidamente veo que el primer párrafo impreso hablaba de una tal Doña María de los Dolores Ruiz de Salazar, viuda del general Gutiérrez, entonces pensé que volvía a encontrarse con la censura por meterse con la nobleza o el Ejército. Tengo que contar que no despejé esta duda hasta unos cuantos años posteriores, cuando ya mi persona había tocado pelo de triunfo en la televisión y me alojaba en el distrito de Salamanca de la capital. Resulta que por una vez tu banco amigo sirve para algo importante. Fue la Fundación del Central Hispano la que rescató en 1999, en su colección *Obra Fundamental*, a Silverio Lanza editando en dos tomos sus novelas completas. Bueno, pues como es ahora cuando escribo, no en los ochenta cuando descubrí el libro del trasunto, transcribo el trozo

censurado y sólo os digo que con la Iglesia hemos topado:

[El celibato del clero es una desgracia para los sacerdotes, para la iglesia y para las naciones católicas.

El celibato eclesiástico no es dogmático: lo han defendido los curas jóvenes y lo soportan los curas viejos.

El celibato priva al sacerdote del amor de todos y del amor a todo, que son los amores que, con el suyo de ella, proporciona la mujer.

Ser casto sin justificación fisiológica y sin justificación patológica, es una horrible desventura; eso lo saben por experiencia todos los españoles, incluso los sacerdotes.

La iglesia pierde altezas como quien ordena o consiente un absurdo; pierde altezas porque expone al sacerdote a ser pecador; y pierde altezas si no castiga (como generalmente no lo hace, ni puede hacerlo) el pecado del sacerdote. Además pierde la tribu de Leví, cuya importancia no se ha comprendido bien, no llena los seminarios con jóvenes educados y aficionados por sus legítimos padres (sacerdotes) a la misión evangélica y a la misión pastoral, y renueva el clero con infelices a quienes la miseria o la ineptitud, y siempre la recomendación del párroco (acaso padre pecaminoso del seminarista), llevan a una carrera que precisa vastos estudios y constantes sacrificios, que sólo realiza bien una decidida vocación.

Y las naciones católicas se hunden porque pierden la familia, que es la base de la nacionalidad. Si la religión es excelente y si el cura es excelente, la castidad es una excelencia, y natural es que se imite o se aparente. Si se imita, la procreación desaparece; si se aparenta, desaparece la familia, porque siendo el amor carnal motivo de vergüenza, ha de realizarse con pérdidas del decoro propio, a hurtadillas, con los malditos caracteres de la prostitución, aunque se realice en el tálamo de dos esposos unidos por la bendición del sacerdote.

Y las sociedades donde la castidad es una excelencia, van a la barbarie. Barbarie positiva en que no creemos (y por eso la negamos), porque no la vemos desnuda lanzando flechas en los bosques. Inquisición brutal que producía espanto en aquellos pueblos, cuya grandeza de alma se denunciaba en la grandeza de alma de sus héroes. Inquisición aún más brutal ahora, y que no percibimos, porque todos somos inquisidores

porque todos odiamos a nuestro prójimo, y porque de nuestra pequeñez es pregón elocuente el alma misérrima de nuestros gobernantes. ¿Qué amor podrá esperarse de los hombres cuando han prescripto que sea vergüenza el amor de la pareja humana, que es un amor fatal, encantador e inofensivo?

¡Dichoso el hombre que ama a las mujeres, porque lo amará todo!

¡Dichoso quien todo lo ama, porque basará su bien propio en el bien ajeno; porque no se asociará a ninguna empresa de injusta persecución ni de exterminio, y porque velará sin angustia y dormirá sin remordimiento!

¡Dichoso quien por amor logra la enemistad de los anafroditas, del vulgo y de las autoridades!

¡Dichoso quien todo lo ama, porque perdonará las injurias y no vivirá con el torcedor de la venganza proyectada, y con el torcedor de la venganza satisfecha!

¡Dichoso quien, además de amarlo todo, ama a la mujer del cacique, porque contribuirá a su tranquilidad propia, a la tranquilidad de ella, a la tranquilidad del otro y a la tranquilidad del municipio, de la provincia y del Estado!]

Me ha resultado brutal la verborrea, pero magistralmente estructurada, y me parecía oportuno que la compartiéramos. Ese final de “municipio, provincia y Estado” me recuerda a los Principios Fundamentales del Movimiento, que estudié en el último curso de Política que se dio el año de la muerte del Caudillo, con aquello de “la familia, el municipio y el sindicato” como entidades naturales y de participación en la vida social del Estado español. ¿Sería la censura por este adelantado programa político de Lanza o, más bien, por defender el matrimonio para el sacerdote en pleno nacionalcatolicismo? A mí me tocó la fibra este sermón porque yo vengo de un padre que pasó por el seminario y podría el mundo haberse ahorrado mi presencia si mi padre se empeña en el celibato; pero con suerte ganó el amor a mi madre. De todas formas la teoría de Lanza hubiera hecho posible igualmente mi nacimiento y no como hijo de barragana o bastardo pecaminoso, sino bendecido por la santa Iglesia católica y apostólica romana. Ahora bien, como él también dice yo hubiera tenido todas las papeletas para convertirme en curita, al pertenecer a la mejor cantera, teniendo a mi padre adoctrinándome y, qué mejor, con la sotana puesta todo el día. No nos perdamos con las épocas, una cosa es un

libro a principios del siglo XX, 1907, cuando escribe *La rendición de Santiago*, y otra los sesenta de los Beatles del libro que yo encuentro. Pues ya veis, en su tiempo esa novela no se vio envuelta en proceso alguno y en la España de los planes de desarrollo le cortaron ese trozo. Granjel en su estudio detallado no nos cuenta nada de que tuviera problemas con esos párrafos contra lo establecido por la Iglesia, además Lanza no se corta contra caciques, Policía, Ejército... tiene estopa para todos los estamentos. Y él siempre quiso esconderse, difícil cuando te declaras enemigo de los anafroditas y aconsejas que ames a la mujer del cacique. Nosotros no nos escondíamos, todo lo contrario, en ese Madrid de efervescencia artística de los ochenta se perseguía estar en el candelero y no había estreno o inauguración donde no estuviéramos *Hambre y Moral* con nuestras mejores galas: gabardina con bolsillos interiores para arramblar con todo (nuestra buhardilla estaba muy necesitada) o chaqueta con forro roto o zapatos con agujeros en suelas. Ya hemos dicho que Amorós se escondió en Getafe para quitarse del barullo de la gran ciudad, pero si seguimos leyendo el estudio preliminar de Granjel descubrimos que en distintas ocasiones del año (Gómez de la Serna lo corrobora) se refugia en otro lugar: “Al parecer poseía bienes, olivares y viñedos, en Andalucía, en Córdoba, que visitaba todos los años; según testimonio de Ángel Cruz Rueda, Amorós acostumbraba a pasar temporadas en Bujalance, hospedado por su amigo el procurador don Antonio Zurita”. Claro, cuando lo lei recién comprado era tanta la ansiedad por saborear los escritos de Lanza que no me detuve en todos los detalles de su biografía. En cambio, en la revisión que estoy haciendo ahora, tengo que afirmar que hemos llegado a uno de los momentos álgidos de esta historia de desenmascaramiento. Yo nunca he estado en Bujalance, lo confieso, lo más cerca ha sido Cabra allá por mediados de los noventa grabando un vídeo, para una televisión autonómica, de un grupo egabrense *Curro y los bandoleros* (con el tema *Pasos Largos*) y en Lucena cubriendo una visita de los reyes de España en 2006 para la misma televisión. Vamos a pararnos en esos personajes que van unidos a Bujalance en el párrafo entrecomillado. Es Ángel Cruz Rueda el que le informa al prologuista de las visitas y posesiones de Amorós en Córdoba. Se precisa unas pinceladas sobre este informador jienense, famoso biógrafo de Azorín y alcalde que fue de Cabra desde la guerra civil hasta 1940. Todo lo que sube,

baja o, ya que estamos por la campiña cordobesa, tiremos de refranero autóctono: “el gaitero de Bujalance, un real porque empiece y diez porque acabe”. El caso es que llega la Ley de Memoria Histórica y la buena fama de Cruz Rueda se tuerce: colaborador del régimen en la depuración de maestros de la República. Por ello le quitan su nombre a un Colegio de Primaria en la ciudad cordobesa de la que fue alcalde e hijo adoptivo. Todo se acaba sabiendo, dicen; a veces te libras de que se enteren los dueños del gato, que nos dejaron a Fernando y a mí para que lo cuidáramos una semana, que nos gastamos en nosotros el dinero para comida del minino. En la bohemia siempre hay mucha hambre, pero también mucha moral; de todas formas al gato le vino bien mantenerse a dieta unos días, tan mimado lo tenían que estaba gordo. Pues que sepáis que nuestro desconocido Silverio Lanza ya tiene Instituto de Secundaria en Getafe y hasta calle. No sé yo si todos los que estamos hablando de él, después de muerto, le estamos traicionando y se está revolviendo en su tumba del cementerio de Getafe. Por cierto que lo visité para ver si estaba enterrado Lanza o Amorós, al escritor le gustaba mucho bromear con su muerte, epitafios y esquelas: “Aquí yace Silverio Lanza. Murió de un beso. R.I.P.”, “Silverio Lanza, autor de esta obrita, murió en Salamanca, en una miserable casucha. Tocábamos juntos en un café y así nos ganábamos la vida; pero Silverio sin familia y encerrado en aquella ratonera gastaba mucho, comía mal y la tisis se apoderó de él”. No quiero que se me olvide su tratado de Antropocultura para una vida sana física y mental, fue un gimnasta en esos dos niveles, porque nada tiene que ver ese apunte literario con la vida real de Juan Bautista. Y para no perder de vista Bujalance ni las apetencias culinarias del raro de Getafe vayamos a un texto de Gómez de la Serna:

[Allí había varios niños y niñas a los que había sacado de pila. Para ellos tuvo frases que ahora recuerdan ellos:

-Todo eso es pintado -decía al pasar al ahijado que miraba un libro de estampas;- cuando seas mayor ya verás ya...

Siempre que volvía a Bujalance llevaba unos ajos como recuerdo a una de sus queridas amigas, mártir abrasada al ir a echar unos ajos al aceite.

Era un gran comilón. A este propósito cuenta su compadre e ilustrado escritor don Antonio Zurita la siguiente anécdota: “Una tarde fría del mes de febrero habíamos

bajado mi familia y yo desde la finca de Olivar al cortijo. Próximamente a las cuatro vimos venir un jinete a todo correr. Pronto reconocí a mi pariente Juan Moreno (muerto hace poco y que también sentía gran admiración por Amorós) que sin duda era portador de una mala noticia. Efectivamente, llegó con un telegrama del procurador Alonso, de Getafe, en el que me decía lacónicamente: <Su compadre gravísimo, véngase primer tren.> No sabía yo que estuviese enfermo, y ante aquella enormidad, quedé completamente aturdido. Repuesto un poco consulté el reloj, eché una ojeada por mi embarrada indumentaria y Juan Moreno, que comprendió mi intención y que era un hombre decidido para estas cosas, me dijo: <Los dos en la jaca cogemos el correo.> Ni una palabra más. Tomé de los hombros de mi señora el mantón con que se abrigaba y partimos al galope para Villa del Río. Mediado el camino tuvo que quedarse mi pariente porque flaqueaba el caballo y nos exponíamos a perder el tren los dos.

A la mañana siguiente, cuando llegué a Getafe y vi que el señor Alonso no exageraba en su telegrama, tuve momentos de verdadera angustia. Silverio Lanza no me conoció, apenas abría los ojos. Su estado era de una gravedad extremada. A los cuidados del enfermo se hallaba un matrimonio también de Bujalance. Volví a dar un repaso con la vista a mi traje y desechando escrúpulos ridículos me fui a Madrid en el primer tren, pensando cuál sería el médico capaz de liberar a Silverio Lanza de las garras de la muerte. Cruzó por mi imaginación el nombre de don Fernando Castelo, aquel nombre que con tanto cariño solía nombrar el enfermo. Sí -me dije-, don Fernando me orientará si él no es el llamado a ir a Getafe.

Mucha era la consulta que había empezado el señor Castelo, y hasta supuse que no me dejarían verle. Escribí en un papel unas líneas diciéndole quien era y que iba en busca de un médico, porque Silverio Lanza se moría. Salió él mismo inmediatamente, me hizo pasar a aquel salón confortable donde chisporroteaban los enormes trozos de encina y, cuando terminó el doctor con el enfermo que tenía entre manos, me dijo: <Vámonos a Getafe; si necesito un compañero desde allí lo pediré.>

Cuando se acercó el doctor al lecho del paciente y reconoció el casi agonizante cuerpo de Amorós, me dijo que el agonizante se moría de necesidad, de falta de alimentación; en una palabra, de hambre. Me explicó el bonísimo de don Fernando lo que suponía



había sucedido. La enfermedad era de las que podían curarse sometiendo a los enfermos a dieta: <a éste se la han prescripto sin conocerle y nos lo han matado>.

< Amorós -siguió el señor Castelo- era de un comer extraordinario y la dieta para él habría sido provechosa dándole sólo un par de filetes cada cuatro horas. Que se retiren todos los medicamentos y désele mucha carne líquida y mucho Jerez. Cuando haya pedido el enfermo un trozo de ternera, estará salvado>”.

Así cuenta don Antonio Zurita la salvación de Silverio Lanza, añadiendo otras anécdotas, como que en su casa se llamaba caramelo al jamón desde que Lanza pedía que le dejase dos lonchas a la cabecera de la cama por si le daba la tos, contando por fin: “que elogiaba más la fuerza digestiva de Castelar que su oratoria”, y que solía decir: “que con gazpacho podía manejarse bien la azada y hasta hacerse versos, pero que para un trabajo fuerte de la inteligencia se necesitaban magras”.]

Llegado ha el momento de pararnos en el segundo personaje que apunta Granjel en su estudio preliminar y que ya hemos visto aparecer en el texto de Gómez de la Serna sobre Bujalance y Lanza. Bien, don Antonio Zurita que presumo de segundo apellido Vera. Por lo que he investigado no puede ser otro: hacendado, periodista y hasta alcalde por dos veces de Bujalance. ¡Un cacique amigo de Silverio! Registran los medios que el tal Zurita Vera fue alcalde, por primera vez, el 16 de julio de 1918 (ya había fallecido Amorós, fue en 1912), dándose de baja un año después para dedicarse a “sus asuntos particulares”. Sería de nuevo alcalde en 1924 hasta 1926, parece que sus preocupaciones agrícolas no le dejaban tiempo para la política. De esa etapa de munícipe las crónicas destacan un viaje del rey Alfonso XIII a Bujalance en enero de 1926, dándose como artífice del evento al alcalde Zurita, gran amigo del marqués de Viana, José Cruz Conde, presidente del partido Unión Monárquica. Pedazo de libro de actas del Ayuntamiento, artesanía de platería y filigranas de un taller cordobés, que le presenta al monarca, quedando la firma real estampada. Atentos, que hay otra firma, la del marqués de Estella, don Miguel Primo de Rivera, estábamos en la Dictablanda desde 1923. No me resisto a contaros lo que sucedió con la pluma que se utilizó para las firmas. Se cuenta que desapareció del Ayuntamiento y unos pocos años después apareció en poder de Alberto Redondo Villa, nieto de José Villa Vázquez, que fuera Oficial Mayor y

Secretario Accidental del Ayuntamiento de Bujalance. Según las declaraciones realizadas por el actual tenedor de la pluma, su abuelo la compró en el Rastro de Madrid y estaba encantado de devolvérsela al pueblo de Bujalance, como objeto histórico que lo es. Por supuesto el rey se asomó al balcón de la Casa Capitular y fue aclamado por el pueblo y seguidamente se le ofreció a la comitiva un tentetieso preparado y servido por el restaurante Casa Macedo, menos los dulces que eran traídos por la confitería Veguita. Pues eso, pasaron seis meses y Antonio Zurita Vera dejó la alcaldía; pero de recuerdo, por suscripción popular, le regalaron un bastón de mando. Aún no hemos acabado con el ex alcalde, nos queda su descendencia y no tiene desperdicio. Existe un enlace en las redes titulado *Los sucesos revolucionarios de Bujalance* que nos cuenta que en diciembre de 1933 sucede un acto violento con protagonismo anarquista en este pueblo de 14.000 habitantes (el doble que ahora, lo que es la España vaciada). Resulta que el sindicato de la CNT tenía preponderancia en el pueblo y declara la guerra al patrón Zurita Vera. A finales de septiembre del 33 fue muerto a tiros Gaspar Zurita, su hijo. Horas antes había dicho jacarandoso en el Centro Patronal enseñando la escopeta: “er que quiera que sarga a mi encuentro”. Un borracho, a la misma hora, a la salida del campo en los Pozos del Agua de San Benito también era disparado por unos guardias civiles. Nos queda otra vástaga del amigo cordobés de Amorós, más interesante si cabe. Hay otro enlace en las redes *El catedrático catalán Juan Carandell y Pericay llegó a Cabra*. ¡Vaya sorpresa! Cuando veo quien es la esposa del catedrático: Silveria Zurita Romero. La hija del ex alcalde en 1916 era alumna de la Institución Libre de Enseñanza, con especial querencia a la música y a la pintura, además con facilidad para los idiomas. Juan Carandell coincide en Madrid y se enamora de ella, mientras preparaba oposiciones para cátedra de Instituto. Y por el amor que le profesa el recién estrenado catedrático elegirá la plaza de Cabra, cercana a la residencia familiar de su novia. El 7 de febrero de 1918 (el año que Gómez de la Serna reedita las obras de Lanza, después de prometerle, con la boca chica, que no lo haría tras su muerte) contraen matrimonio Juan y Silveria en la iglesia principal de Bujalance. ¿Qué importancia tiene todo esto? Pues la que queramos darle cada uno. Yo, particularmente, alucino porque cuando iba a ser padre en 1998, en mi cabeza rondaban nombres para mi

prole. Si hubiera sido varón, Silverio sería mi hijo; pero salió niña. Ahora quiero creerme que el procurador Antonio Zurita, sentido compadre de Lanza, quiso jurarse o jurarle que a algún hijo le pondría su nombre. Y no tuvo reparo cuando nació hembra y ahí está Silveria (parece como si nos empeñáramos en inmortalizarlo, cuando Amorós no tuvo hijos ni ganas de dejar obras a la posteridad). Bujalance juzgará hasta dónde hemos llegado con estos chismorreos, a lo mejor algún especialista saque letra de esto para una pajarona. No quiero terminar sin contaros la anécdota de las almendras, tal vez tuviera Amorós algún almendro plantado en sus tierras, que nos narra Lanza en su ciencia del cultivo del hombre, la Antropocultura, que nos puede valer de moraleja: “Vi, siendo niño, que las almendras, aunque parezcan iguales, son dulces o son amargas, son un alimento rico y sano, o son un terrible veneno. Desde entonces busqué en todo ese dualismo y hallé dividida la humanidad en agradables y en desagradables.” Nosotros aguantamos en la capital dos años de *Hambre y Moral* hasta volver a casa, componiendo antes un tema cañero, *España cruel*, del poso que Silverio nos dejó, ya saciados de cosmopolitismo, y antes de volvernos amargos nos recogimos en la provincia para soñar con que no hiciera ninguna falta que nadie nos reconociera. ¡Qué felicidad la del que huye del mundanal ruido!